
CAPÍTULO III.

La señora Gertrúdis.

No es cosa resueltamente averiguada si en el órden de las velocidades es mayor la del hombre que corre huyendo ó la del hombre que corre persiguiendo; hay casos que prueban la violencia con que se lanza la ira, y casos que atestiguan la rapidez que adquieren las piernas movidas por la fuerza, á la vez centrípeta y centrífuga, del miedo. Pero debe ser indudable que la velocidad será mayor si corremos movidos por la doble fuerza que impulsa al que huye y al que persigue.

Combinando el poder locomotivo de ambos impulsos, podemos llegar á comprender la rapidez con que Miguel corria, pues iba

impulsado por una y otra fuerza: perseguía al coche en que iban Matusalem y la Marquesa, á la vez que huía de sí mismo.

La actitud amenazadora de sus puños apretados, que se agitaban en el aire como dos aspas de molino, decía..... «Persigue.»

La precipitación tumultuosa y rápida de sus piés, que apenas tocaban el suelo, decía claramente..... «Huye.»

Era, si me es permitido decirlo así, una flecha lanzada á un mismo tiempo por dos arcos; era un hombre que corría como dos hombres.

En Madrid puede correr un caballo sin que nadie se admire ni se asombre; pero un hombre no puede correr sin causar sorpresa, curiosidad, alarma; así es que Miguel produjo con su súbita carrera esas paradas que detienen á la gente en las aceras, porque un hombre corre, porque un perro ladra, porque dos disputan. Madrid es un pueblo siempre en movimiento, y que á la vez parece cansado, porque cualquier cosa lo pára. Madrid es el pueblo de los corrillos, de tal modo, que no hay charlatan que no tenga siempre

á su alrededor un círculo de gente, lo mismo en las plazuelas que en las calles, que en los salones, porque los charlatanes están en todas partes, precisamente porque el vulgo lo llena todo.

Miguel corría llevándose detras las miradas de los transeuntes; pero en calles tan concurridas no se puede correr de ese modo sin tropezar con álguien. La primera víctima atropellada por este hombre desbocado fué un muchacho de esos que pasean por Madrid su ignorancia y su malicia, vendiendo fósforos y periódicos.

Sin saber cómo, el muchacho se le enredó entre las piernas, y fué sacudido, rodando por el suelo; saltó el cajon ambulante de su mercancía, entre una nube de cajas de fósforos y periódicos.

Ya se ve, el muchacho era demasiado listo para no sacar partido de su torpeza, y en cuanto se vió en tierra alzó la voz y puso el grito en el cielo, quedándose tendido como si le fuera imposible levantarse.

Miguel no se detuvo; ántes por el contrario, redobló su carrera, y la gente, indig-

nada contra aquel atropello, comenzó á gritar: «¡A ése, á ése!»

Oyó estas voces en el momento en que, siguiendo la direccion del coche que huía delante de él, doblaba la esquina de la calle del Príncipe. Allí se encontró un nuevo tropiezo, un obstáculo peor que un muchacho, porque era una mujer; digo mal, era una planchadora, que en un azafate de mimbre llevaba hasta una docena de camisas primorosamente planchadas y cuya blancura deslumbraba como deslumbraba la blancura de la nieve.

Al choque, saltó el azafate de las manos de la planchadora, y las camisas cayeron sobre el lodo de la calle; la mujer soltó la lengua en términos que no me es dado escribir; y al verse con las manos libres quiso asir al causante de aquella desgracia; pero Miguel llevaba demasiada prisa, y la mujer no pudo cogerlo.

La gente rodeó á esta segunda víctima, que echaba por aquella boca sapos y culebras, y que se convirtieron en rayos y centellas cuando, al recoger las camisas esparra-

madas en el suelo, vió que le faltaba una. Entónces ya no cupo duda; el choque no habia sido casual, sino intencionado; el autor de la catástrofe era un ladron; algunos gritaron: «¡Al ladron, al ladron!»

Nadie habia visto á Miguel bajarse para coger la camisa; era imposible que la hubiera cogido de otro modo; pero faltaba una, y la opinion pública allí reunida falló en el acto que aquel hombre que corria llevaba la camisa.

Todo esto pasó como un relámpago.

Uno de los circunstantes, que con más compasiva solicitud se habia acercado á la planchadora para ayudarla á recoger las camisas, pareció sumamente indignado, y terciándose la capa, dijo:

—No me ganará por piernas; juro que no ha de ser suya la camisa.

Otro circunstante se echó á reír, diciendo:

—Sí, échale un galgo.

—Ahora lo veremos, replicó el primero.

—Quía, exclamó el otro.

El hombre indignado, terciándose de nuevo la capa, añadió con ademán resuelto:

—Tan seguro como si la tuviera entre mis manos.

Y sin más, se lanzó por la calle de *Sevilla*, perdiéndose en el callejón de *Gitanos*.

Los curiosos que presenciaban esta rápida escena creyeron que aquel hombre sería amigo ó pariente, amante ó marido de la planchadora, y ella, á su vez, creyó que era un sér generoso, un corazón compasivo, un buen hombre.

Entre tanto Miguel había ganado la calle de *Cedaceros*, por donde un momento ántes había entrado la elegante berlina de la bella Marquesa. Reconoció que no podría alcanzarla, en razón á que dos caballos corren más que un hombre; pero continuaba siguiéndola con la esperanza de que se detuviera delante de alguna tienda, pues la Marquesa había dicho que iba á hacer algunas compras.

Así corrió hasta el extremo opuesto de la calle en que acababa de entrar, y pronto llegó á las esquinas que dan á la hermosa calle de *Alcalá*; pero allí lo esperaba un tercer contratiempo, un nuevo choque, más terrible

que los dos anteriores; pues no se trataba de un muchacho ni de una mujer, sino de un hombre; peor aún, porque se trataba de un aguador.

Cuando se vió encima de aquella especie de acueducto ambulante, apartó rápidamente la cabeza para no chocar de frente con la cuba; pero no pudo evitar el choque con el aguador, que á su vez quiso ladear el cuerpo, con tan mala suerte, que las herradas suelas de sus enormes zapatos se escurrieron sobre las baldosas, como el diamante sobre el cristal, y el pobre hombre se desplomó, cayendo la cuba con estrépito.

Las duelas, hundidas por el golpe, se escaparon de los aros, y el agua, sedienta de aire, salió á borbotones con el mismo ímpetu que sale el pájaro que se escapa de la jaula.

El aguador al caer comprendió que la cuba iba á deshacerse; y considerándose muerto, dando á sus palabras la lentitud inalterable de sus pasos, como si hablara con los piés, exclamó:

—¡Dios me haya perdonado!

Aquí volvió á surgir otro círculo de curiosos, y los primeros que pudieron oír las fúnebres palabras del aguador gritaron:

—¡Lo ha muerto!

Este grito produjo una gran sensacion.

«Lo ha muerto» queria decir dos cosas distintas: era á la vez la designacion de dos actos contrarios; queria decir: un muerto y un homicida; uno que muere y otro que mata.

Entendida la frase en este doble y natural sentido, los curiosos de segunda fila, que habian visto á un hombre correr hácia la calle de *Alcalá*, comprendieron con esa rara penetracion de las muchedumbres que se trataba de un asesinato, y sin más averiguaciones, corrieron algunos detras de Miguel, gritando:

—¡Al asesino, al asesino!

La cosa era grave, y Miguel, que oia los gritos y vió que lo seguian, se penetró inmediatamente de lo peligroso de su situacion, y ante aquella voz unánime, que lo acusaba, se creyó culpable, y entónces, abandonando la persecucion del coche de la Marquesa, se

resolvió á huir en toda regla. Subió la calle de *Alcalá*, ganó hábilmente terreno hasta llegar al café del Íris, y entró en él sin ser visto de los que le perseguian, corriendo poco, gritando mucho y silbando algo.

El café del Iris es una especie de sótano, un camino subterráneo, que pasa de la calle de *Alcalá* á la carrera de *San Jerónimo*, y que durante el dia permanece sumido en profundas tinieblas, hasta que aparece para él el sol del gas.

Meterse en el café del Íris á las doce del dia es lo mismo que caer en pozo de dos bocas.

Los mármoles de las mesas, que blanquean fantásticamente en medio de la oscuridad, formando calles que se cortan entre sí, parecen losas sepulcrales, y los *mozos*, más ó ménos viejos, que discurren por entre aquellas sepulturas, con semblantes cadavéricos por efecto de la oscuridad, parecen verdaderamente sombras.

Se podria creer que este lugar de placer, de vida, de animacion y de luz durante la noche, se esconde en las entrañas de la tierra al amanecer, como avergonzado de la luz del dia.

Estos lugares de disipacion, donde lo ménos que se pierde es el tiempo, donde los dueños del establecimiento desuellan á los concurrentes, y los concurentes desuellan al género humano, son muy alegres de noche y muy tristes de dia; pero si hay algunos *cafés* más brillantes de noche que el *café del Iris*, ninguno es de dia más sombrío, más sepulcral ni más triste.

Miguel entró y anduvo á tientas algunos instantes, empujado de una parte á otra por las duras esquinas de las mesas, que lo despedían como si supieran que no llevaba un cuarto en el bolsillo, porque aún cuando llevaba una moneda de oro fuertemente apretada en el puño de la mano derecha, las mesas no habrían tenido tiempo de enterarse de esa circunstancia.

Una vez escondido en la profundidad de este *café*, sintió necesidad de descanso y se sentó; además no se determinaba á aparecer tan pronto en la carrera de *San Jerónimo*, donde probablemente estaría aún esperando la planchadora la camisa perdida.

La oscuridad y el silencio despiertan por

lo comun en el ánimo los instintos reflexivos, y Miguel, después de tomar en el *café* las dos ó tres bocanadas de aire necesarias para restablecer el curso ordinario de su respiracion, alterada por la violencia de la carrera, debió lanzar su pensamiento por los espacios imaginarios, atropellando probablemente las reglas pacíficas del sentido comun, que suele incurrir en la imprudencia de salir al paso extraviado de las imaginaciones acaloradas.

Ello es que permaneció algunos instantes inmóvil, como si lo hubiera clavado allí lo agudo de su pensamiento, y Dios sabe e mundo de ideas que, digámoslo así, darian vueltas en su cabeza.

De pronto se pasó la mano por la frente, echándose atrás el sombrero, y con ademán desesperado dejó caer la mano desde la altura de la frente, hiriendo con los dedos el redondo borde de mármol que formaba el tablero de la mesa.

Un momento después vió acercarse un contorno indeciso, medio blanco, medio negro; una forma vaga, fantástica, que se iba precisando conforme se acercaba.

Vió pasar por el mármol de la mesa una especie de nube blanca, que recorrió el tablero en toda su longitud y en toda su latitud, dando vueltas caprichosas, que se extendían, volviendo sobre sí mismas y perdiéndose unas en otras, como los anillos de una serpiente.

Sobre esta especie de nube había una mano medio cerrada que la sujetaba; de esta mano partía un brazo, y detras del brazo un hombre.

Despues de esta operacion, que Miguel había visto sin hablar palabra, el hombre abrió la boca, de la cual salió una voz que dijo:

¿Qué pedia V.?

Miguel contestó inmediatamente:

— Nada.

El hombre se fué disipando como un objeto que se aleja, y al fin desapareció en el rincón de un diván, sumergiéndose en la oscuridad, como una piedra que se traga la profundidad del agua.

Miguel, sorprendido por este incidente en el curso de sus reflexiones, debió anudarlas

para seguir el rumbo arrebatado de su pensamiento.

Echó una pierna sobre otra, y luégo echó la otra sobre la una..... se atusó el bigote y se mordió las uñas..... se echó hácia atrás como quien huye el cuerpo, y se echó hácia adelante como quien acomete; colocó entrambos codos sobre la mesa, y dejó caer la cabeza sobre ambas manos, teniéndola sujeta por las sienes; irguió de pronto la frente, como un cadáver que resucita, y cruzó las manos sobre el pecho, como hombre muerto.

En fin, se levantó con la ligereza que da á los músculos la energía de una resolucion tomada, y volvió á caer sobre el diván en que se había sentado, con toda la pesadez del desaliento.

Debemos suponer que estas fluctuaciones exteriores de sus movimientos respondian á las agitaciones internas de su espíritu, y en tal caso no debemos envidiar la situacion de su ánimo, porque no hay tormento semejante al tormento de la incertidumbre.

Así pasó una hora bien larga, al cabo de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

la cual se levantó, echó el ala ondeada de su sombrero sobre sus bien plantadas cejas, escondió las manos en los bolsillos espaciosos y deshabitados de su pobre gaban, y con pasos macilentos salió á la calle por la misma puerta por donde habia entrado. La luz del dia le hizo entornar los ojos al salir del pozo del café, y emprendió su camino hácia la *Puerta del Sol*.

Anduvo por várias calles, dejando unas y tomando otras, cuyos nombres recordaría si los supiera, y llegó despues de tres cuartos de hora de marcha á la puerta de una casa de buena apariencia, que ostentaba cinco pisos, incluso el *entresuelo*, que parecia agobiado por el peso del resto de la casa, y cuyas rejas, encogidas, demostraban que allí sería difícil levantar los brazos, sin tocar con las manos al techo.

Miguel entró, y *tomó la escalera*, que ascendia en anchos escalones y en tramos regulares, dando vueltas sobre sí misma en espiral, bruscamente cortada por el último piso.

Subió á saltos, salvando unas veces dos

escalones, otras veces tres, y alguna vez hasta cuatro, y llegó al último peldaño, que se extendia de una pared á otra formando un pasillo, en el cual se encontraban tres puertas, una á la derecha, otra á la izquierda y otra en el centro, y se dirigió á la segunda en el órden en que las he indicado, y á la última en el órden en que se encontraban.

La puerta no estaba cerrada, y Miguel empujó suavemente y entró en un pasillo bastante estrecho, que empezaba en la cocina y acababa en la sala.

A la sala se dirigió, torciendo á la derecha, y una vez en ella, arrojó violentamente el sombrero sobre una silla, el cual, sorprendido de insinuacion tan brusca, se hundió por dos ó tres partes, como si hubiera querido esconderse dentro de sí mismo, y no pudiendo mantenerse sobre el asiento de la silla, cayó al suelo.

El jóven lo miró con desprecio y le volvió la espalda, comenzando á ir y venir de un ángulo á otro de la habitacion, con la misma inquietud que el pájaro va y viene de un punto á otro buscando salida por los es-

trechos espacios que forman los alambres de la jaula que lo aprisiona.

He llamado sala á esta habitacion, porque en la necesidad de darle un nombre, ése es el que me ha parecido ménos impropio..... No era gabinete, ni comedor, ni dormitorio, ni despacho, ni cuarto de vestirse, á pesar de que allí se hacia todo eso, porque prescindiendo del pasillo y de la cocina, de un cuarto oscuro y de una alcoba, era la única habitacion de la casa.

Sala ó lo que sea, era una pieza cuadrada, que recibia la luz por una ventana que miraba á Oriente, y en las mañanas de sol podía pasar muy bien por una habitacion alegre y risueña.

Al rededor de las paredes, no muy tersas, pero sí muy blancas, se destacaban unas cuantas sillas de Vitoria, entre las que se levantaba sobre cuatro piés que acababan en punta, una mesa de pino pintada de color de chocolate.

En frente de la mesa se veia un armario alto y estrecho como la caja de un reló, tambien de pino, pero sin pintar, que tenía

la costumbre de abrirse siempre que algun coche impetuoso, rodando por la calle, hacía temblar el pavimento.

No habia más muebles en la sala, pero estaban colocados con tal arte, con tal gracia, con tal geometría, con tal orden, que la llenaban toda; pues parecia que en el adorno de aquella pieza no faltaba nada.

La alcoba abria su puerta enfrente de la ventana y dejaba ver una cama que debia ser un catre de lona, cuyos piés verdes y cruzados asomaban por debajo de una cubierta de percal, sobre cuyo fondo amarillo se destacaban en complicados ramos menudas flores de color de violeta.

La cabecera tenía su funda blanca como la nieve, ostentando una *puntilla* estrecha que el exceso del almidon habia hecho inflexible.

Sobre la cabecera, pendiente de un clavo, se destacaba en la blancura de la pared un pequeño Crucifijo con la cruz de madera pintada de color oscuro, y el Cristo de plomo dorado.

Se respiraba allí el perfume de la limpie-

za, y aquellos pobres muebles resplandecían con el brillo del aseo; se había sacado todo el partido posible de aquellas sillas, de aquel armario y de aquella cama, y la habitación parecía bordada como un pañuelo.

Si se me permite combinar el opuesto sentido de dos palabras que probablemente bromarán de verse juntas, diré que se percibía allí en la luz y en el aire, en los detalles y en el conjunto, cierta cosa agradable, que podríamos llamar el bienestar de la miseria.

Mas sea como quiera, lo que por de pronto se ocurría es que por allí debía andar la mano de alguna mujer.

Si ésta era la casa de Miguel, cosa que parece indudable por la natural franqueza con que entró en ella, es evidente que Miguel no vivía solo.

Podía descubrirse en aquel cariñoso esmero la mano de una madre, pero ya sabemos que Miguel no tiene madre; podía ser también obra de la mano solícita de una hermana, pero ahora debemos saber que Miguel no había tenido nunca hermanas.

Si no eran ni una madre ni una hermana, ¿quién podía ser?

Había ternura en el orden con que todo estaba colocado, coquetería en la limpieza, lujo en los pormenores..... Todos aquellos objetos mudos parecían mirarse unos á otros, prontos á hacer la revelación de alguna confidencia. Todos parecían decir..... ella, ella, ella.

Pero bien, ¿quién era ella?

¿Debia ser una muchacha fresca y sonrosada, de ojos maliciosos, de hermosos cabellos y de apretados dientes, de esas que flotan en la vida de Madrid, que se enamoran del primero que las enamora, para olvidarlo al día siguiente ó para no olvidarlo nunca?

¿Sería alguna vecina enamorada la que cuidaba de aquel modo su habitación, dejándole en cada mueble el misterioso mensaje de un amor oculto?

Nuestra curiosidad nos perdería en vanas conjeturas.

Miguel daba vueltas en su cuarto como un loco, y semejante al jugador que ha per-

dido su última apuesta, se paseaba hablando solo, y decía:

— Ese Matusalem es un infame, y mi venganza será terrible.

Y haciendo un gesto de impaciencia añadía:

— Pero ¿qué me importa á mí ese malvado? Ella..... ella es la que ha encendido en mi rostro el fuego de la vergüenza. A ella es á la que yo necesito humillar..... Yo romperé las prisiones de estos harapos y nos veremos.

Cogió una silla y la colocó de golpe junto á la mesa, y se sentó en ella casi dando la espalda á la puerta de la habitacion; colocó el brazo derecho sobre el tablero de la mesa, y hundió la mejilla en el hueco de la mano.

Tenía la ventana enfrente, al traves de la que veía el cielo siempre que alzaba los ojos; porque el sol habia disipado la niebla, tiñendo el aire de ese azul profundo con que suele brillar el cielo de Madrid en algunos dias de invierno; pero Miguel no podia contemplar aquella luz por mucho tiempo, pues bajaba rápidamente los párpados como si bus-

cára en la tierra lo que no acertaba á encontrar en el cielo.

En el fondo de su alma pasaba algo extraordinario, porque la perspectiva del mundo, semejante á la decoracion de un teatro, se habia transformado á sus ojos; ya no veía del mismo modo.

Matusalem le habia puesto el dedo en la llaga, en la llaga más dolorida que puede tener el corazon humano, en la llaga de su soberbia.

Miguel no era un hombre vanidoso, pero por lo visto era soberbio; y Matusalem, hiriendo su vanidad, no adelantaba nada, pero inflamando su soberbia, podia conseguirlo todo.

Entre la soberbia y la vanidad hay una diferencia bastante profunda; el vanidoso se contenta con las apariencias de las cosas, mientras el soberbio necesita la realidad de todas sus ambiciones.

La vanidad es tonta.

La soberbia es loca.

Un rey constitucional, hé ahí un tonto.

Un despóta, hé ahí un loco.

Dice el vanidoso: quisiera.

Dice el soberbio: quiero.

La vanidad es el defecto de las mujeres, y la soberbia el vicio de los hombres.

En el cuadrilongo formado por la puerta que da entrada á la habitacion en que se hallaba Miguel, se proyectó una sombra al principio confusa, pero que al fin se descató sobre el fondo oscuro de la puerta como un retrato en su marco.

Apareció silenciosa como el que espía, y tímida como quien no está seguro del buen efecto que desea producir; así es que se detuvo en el dintel de la puerta, haciendo un gesto que queria decir: «No me ha oído», poniéndose el dedo en los labios para imponerse silencio á sí misma.

Debia ser ella.

¿Ella?

Sí; la dama misteriosa de aquel palacio encantado.

¿Venía sin duda á sorprender el pensamiento del objeto de su cariño, á espiar sus solitarias meditaciones, á recoger sus melancólicos suspiros, á sondear en su tris-

teza los deseos de su corazón, las inquietudes de su alma?

Es posible.

Pero lo cierto es que movió la cabeza de derecha á izquierda, como diciendo: ¡qué hombre!

¿Estaria celosa?

No.

¿Por qué?

Porque se sonreía.

De todos modos, ambos personajes, el uno abismado en sus profundos pensamientos, sumergido, digámoslo así, dentro de sí mismo, y el otro asomando la cabeza por la puerta con curiosidad infantil, ofrecian asunto, no para un idilio ni para un poema, sino para un cuadro de esos que los pintores llaman de género, y que el talento del malogrado Ruiz Perez habia sorprendido en toda la belleza de su secreto.

Él triste; ella casi alegre.

Él con los ojos bajos; ella con los ojos fijos.

Él con la boca contraída; ella con la boca abierta.